

## AÑO JUBILAR DE SAN FRANCISCO SOLANO

### Peregrinación de la pastoral misionera

Montilla 20, IX, 2009

Ez 3,16-21; Sal 111: Dichoso quien teme al Señor;

Rom 10,10-18; Luc 10,1-9

1. Comienzo mi homilía, queridos hermanos y hermanas, dando gracias a Dios que me concede la alegría de presidir esta Eucaristía con la que nuestra Diócesis abre oficialmente la campaña del DOMUND, y al mismo tiempo, los miembros de los grupos de misiones de la Diócesis y de las parroquias peregrinamos a Montilla para lucrar la indulgencia plenaria del Año Jubilar que el Santo Padre Benedicto XVI nos ha concedido con motivo del IV Centenario de la muerte de San Francisco Solano, en cuya casa nos encontramos. En esta tarde, damos gracias a Dios, por su vida, por su obra evangelizadora y misionera y por el testimonio de su santidad, reconocida oficialmente por la Iglesia. En esta tarde, alabamos a Dios, Padre Hijo y Espíritu Santo, que es en último término el origen y causa de la santidad de los mejores hijos de la Iglesia. En las vidas de los santos brilla la bondad y la fidelidad de Dios que robustece con la fuerza de su gracia la fragilidad humana. Por ello, en esta Eucaristía damos honra y gloria a Cristo, *"corona de los mártires, de los confesores y de las vírgenes"* y, por Él, al Padre que es *"admirable siempre en sus santos"*.

2. San Francisco Solano, gloria de Montilla, de la Orden franciscana y de nuestra Diócesis, nace en esta ciudad el 10 de marzo de 1549 y muere en Lima el 14 de julio de 1610. Entre esas dos fechas, a las que cabría añadir el año 1589, en que marcha como misionero a América, y el 27 de diciembre de 1726, en que fue canonizado por el Papa Benedicto XIII, se inscribe una de las biografías más admirables, apasionantes y fecundas de toda la historia de la Iglesia. Perú, Argentina, Bolivia, Paraguay y otras naciones de la América hispana conocieron su fe que movía montañas, su amor a Jesucristo y a la Santísima Virgen, su vida de oración y penitencia, su humildad, su alegría sobrenatural, su amor a los pobres y sus muchos milagros. Innumerables pueblos de toda la rosa de los vientos de la geografía americana conocieron, sobre todo, su celo por la salvación de las almas y su ardor apostólico y misionero, al que nos han alentado las lecturas de la Palabra de Dios que acabamos de proclamar. En ellas el Señor nos ha invitado a ser guardianes y centinelas de nuestros hermanos, a ser heraldos de la buena noticia del amor de Dios por la humanidad, y a anunciar a nuestros hermanos, como hiciera San Francisco Solano, que Jesucristo es el único salvador y redentor y la única fuente de esperanza para el mundo.

3. La renovación del compromiso misionero de toda la Iglesia, también de los cristianos laicos, es una de las primeras urgencias pastorales en esta hora. Nos lo acaba de decir el Papa Benedicto XVI en su mensaje para la jornada del DOMUND de este año, titulado *"Las naciones*

*caminarán en su luz*” (Ap 21,24). En él nos exhorta “*a reavivar... la conciencia del mandato misionero de Cristo de hacer “discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19), al mismo tiempo que afirma que “anunciar el Evangelio debe ser para nosotros un compromiso impostergable y primario”*. Citando la encíclica *Redemptoris missio*, 2, afirma el Papa que nuestro mundo “*está conociendo grandes conquistas, pero parece haber perdido el sentido de las realidades últimas y de la misma existencia*”. Así ocurre, queridos hermanos y hermanas, en las viejas cristiandades occidentales, que en muchos casos se han convertido en territorios de misión. En Occidente estamos construyendo un mundo autosuficiente y orgulloso de sus avances técnicos, un mundo que ha alumbrado una antropología sin Dios y sin Cristo, considerando al hombre como el centro y medida de todas las cosas, entronizándolo falsamente en el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que crea a Dios, sino Dios quien crea al hombre. Para una parte notable de la cultura occidental, la sumisión a Dios entraña una alienación intolerable. Por ello, esta cultura, ensimismada y cerrada a la trascendencia, en buena medida ha renunciado a la adoración y reconocimiento de la soberanía de Dios y, como consecuencia, ha perdido el sentido del pecado y de los valores permanentes y fundantes.

4. Pero un mundo que no se funda en Dios, antes o después se torna peligroso para el hombre mismo, porque pierde el cimiento último de la dignidad y de los derechos fundamentales del hombre. Lo estamos viendo cada día y así lo reconocía el Papa Benedicto XVI en mayo de 2007 en la apertura de la Conferencia del CELAM en Aparecida (Brasil) al decir que el cristiano “*sabe que sin Cristo no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro*”. En el documento final de esta Conferencia los Obispos latinoamericanos nos han dicho que “*Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a las preguntas humanas sobre la verdad, el sentido de la vida, la dignidad humana, la felicidad, la justicia y la belleza*”.

5. Pero si la misión tiene pleno sentido en Occidente, necesitado de una profunda reevangelización, sigue también teniendo sentido en los países donde el Evangelio no ha sido suficientemente anunciado y donde millones y millones de hombres y mujeres no conocen la salvación de Jesucristo, porque no han sido iluminados con la luz del Evangelio, “*con la luz de Cristo, que –como nos dice el Papa- brilla en el rostro de la Iglesia, para que todos se reúnan en la única familia humana, bajo la paternidad amorosa de Dios*”. El Papa Benedicto XVI valora en su mensaje el compromiso de los miles y miles de voluntarios que de forma creciente se afanan por mejorar las condiciones materiales del llamado Tercer Mundo, pero nos dice al mismo tiempo que los pobres de los países del Sur, además del progreso material “*que se agota en el cuadro de la existencia temporal*”, necesitan también de la salvación trascendente, necesitan del Evangelio del amor, necesitan en último término de Jesucristo, el único salvador y redentor, la fuerza más auténtica que alienta la justicia, la paz, la verdadera libertad y el

respeto de la dignidad de cada hombre, en un mundo como el nuestro, en el que, como nos dice el Papa, la dispersión, la multiplicidad, el conflicto y la enemistad necesitan ser repacificados y reconciliados mediante la sangre de la Cruz, y reconducidos a la unidad. La Beata Teresa de Calcuta solía repetir que la *"la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo"*., y un teólogo protestante, D. Bonhoeffer, exterminado en los campos de concentración del nazismo, nos dejó escrito que *"no hay mayor impiedad que ofrecer al mundo algo menor que Jesucristo"*.

6. Queridos hermanos y hermanas: en estas vísperas del DOMUND, el Papa nos alienta a renovar el compromiso de anunciar el Evangelio, que es fermento de libertad y de progreso, de fraternidad, de unidad y de paz (AG 8). La evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia (EN 14), tarea y misión que hoy es más necesaria que nunca, porque está en juego la salvación eterna de las personas. En virtud de nuestro bautismo y del sacramento de la confirmación que un día recibimos, todos estamos llamados a ser sal de la tierra y luz del mundo, a anunciar a Jesucristo, luz de las gentes, hasta los extremos confines de la tierra. Por ello, nos dice el Papa, que la misión ad gentes debe constituir una prioridad en los planes pastorales de nuestras Diócesis.

7. Como los setenta y dos discípulos mediada la vida pública de Jesús, como los Apóstoles en Pentecostés, que reciben de Jesús el encargo de ir al mundo entero a anunciar el Evangelio, como San Francisco Solano, que habiendo escuchado esta palabra del Señor, deja su patria para predicar a Jesucristo en lejanos países, también nosotros somos destinatarios del mandato de Jesús. Como a los discípulos, Jesús nos transmite su misión y nos hace heraldos de su Buena Noticia. Nos encomienda enseñar lo que nosotros hemos aprendido, divulgar lo que a nosotros nos ha acontecido, que Él nos ha devuelto la luz, la vida y la esperanza. Como los discípulos de Jesús después de Pentecostés, hemos de acercarnos a este mundo nuestro, fascinante y atormentado, en progreso constante y al mismo tiempo lleno de heridas, tan diversas y tan dolientes.

8. En esta hora de la historia, magnífica y dramática al mismo tiempo, hemos de ser testigos de la alegría cristiana, de la paz, la reconciliación, la esperanza y el amor que nacen de la Buena Noticia del amor de Dios por la humanidad. Hay demasiado dolor e infelicidad en nuestro mundo como para que los cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, creamos que ya está todo dicho y todo hecho. Jesús y su Evangelio siguen siendo un tema pendiente en el corazón de los hombres de hoy, y a nosotros se nos ha confiado su anuncio desde las plazas y las azoteas del nuevo milenio que estamos comenzando, en el que más que nunca estamos emplazados a anunciar a Jesucristo a nuestro mundo, como fuente de sentido, como manantial de paz y de esperanza y como nuestra única posible plenitud. Y todo ello, con la palabra y también con el testimonio

luminoso, atractivo y convincente de nuestras buenas obras y de nuestra propia vida.

9. Pero para evangelizar es preciso estar evangelizado. Es necesario que el misionero esté convertido, que reconozca a Jesucristo como su único Señor y que aspire seriamente a la santidad. Debe sentirlo vivo y cercano, cultivar su amistad, crecer en su intimidad, sentir la experiencia de Dios en la escucha de su Palabra, en la oración y en la recepción frecuente de los sacramentos, especialmente de la penitencia y de la eucaristía. Nada de esto está pasado de moda. La experiencia de Dios nunca disimulada, traducida en actitudes de esperanza y confianza en Jesucristo, Señor de la Historia, necesita de la formación y de la profundización en los misterios de nuestra fe. Necesita también del complemento de la vida fraterna. El apóstol cristiano no es una isla, un solitario, sino un solidario, un hermano; sabe trabajar en equipo, busca la comunión y la comunicación con todos, sobre todo con sus hermanos cristianos, con los sacerdotes, con la parroquia, con el Obispo, con todos lo que buscan el Reino de Dios. No es indiferente a ninguna necesidad y dolor y vive con los ojos bien abiertos a las necesidades de los más pobres, especialmente en esta coyuntura, en la que tantos hermanos y hermanas nuestros son víctimas de la precariedad laboral y del paro, que genera sufrimientos sin cuento a tantas familias, como consecuencia de la crisis económica. El apóstol cristiano nunca separa la comunión con Cristo, de la comunión con sus hermanos, siempre animado por la fuerza de Jesucristo muerto y resucitado, que le comunica su Espíritu.

10. Queridos hermanos y hermanas: el Papa Benedicto XVI ha concedido a nuestra Diócesis el Año Jubilar de San Francisco Solano, que debe ser ante todo un acontecimiento de gracia, un acontecimiento espiritual, que a todos nos debe servir para ahondar en nuestra conversión a Dios y a nuestros hermanos y para fortalecer nuestra fe, nuestro amor, nuestra amistad e intimidad con el Señor y nuestro compromiso misionero. Pidamos al Señor en esta Eucaristía, por intercesión de San Francisco Solano, que sostengan con su gracia a los misioneros y misioneras y que a todos nos conceda la pasión por la misión ad gentes, la pasión por difundir el Evangelio hasta los confines de la tierra. Así sea.

+ Juan José Asenjo Pelegrina  
Arzobispo Coadjutor de Sevilla y  
Administrador Apostólico de Córdoba